

L'opera giovanile di Caro include anche una serie di carmi latini originali di carattere bucolico, religioso e patriottico. Essi sono stati studiati in Italia da Marisa Vismara (*La Poesia della Natura nei Carmina di Miguel Antonio Caro*. Il saggio è redatto in lingua spagnola e pubblicato nel tomo XIX, 1964, numero 1. Lo stesso fu pubblicato in italiano: Istituto Lombardo, Ren. Lett. 98, Milano, 1964). La poesia latina del Caro fu fatta conoscere in Italia dal latinista Benedetto Riposati, dell'Università Cattolica del Sacro Coure di Milano, il quale incoraggiò Marisa Vismara, allora sua assistente, a studiarla a fondo. I risultati di tale impegno si concretarono in una pubblicazione contenente un panorama globale della poesia del Caro (Marisa Vismara, *La Poesia latina di Miguel Antonio Caro*, Milano, 1980) e in Germania il filologo Fritz Krappe esamina la versione di Caro della *Eneide* in metro castigliano (*Vergilius Columbianus, Zur Kritik der Vergilübersetzungen von Miguel Antonio Caro*, Frankfurt, Peter Lang, 1984).

José Juan Arrom, l'ispanista cubano della Yale University, e l'argentino Emilio Carilla sono assidui collaboratori di *Thesaurus*. I loro saggi vengono poi riuniti in libro e costituiscono un interessante documento della storia letteraria dell'America Latina. Agli studiosi di filologia, di storia letteraria e di linguistica raccomandiamo di consultare il repertorio bibliografico della rivista. Il primo volume, già pubblicato, elenca tutti i titoli apparsi in *Thesaurus* dal 1945 al 1970.

GAETANO MASSA

En *L'Osservatore Romano*, Ciudad del Vaticano, 3 de abril de 1986, pág. 3.

* * *

«EL LATÍN EN COLOMBIA»

I

EL LIBRO DE RIVAS SACCONI

En la Bibliografía de Eduardo Carranza que se publicó en *Noticias Culturales*, segunda época, núm. 17, marzo-abril de 1985, se omitió involuntariamente la mención de un artículo del maestro Carranza sobre una obra publicada por el Instituto Caro y Cuervo en 1949, artículo que consideramos conveniente y honroso reproducir en este tomo de *Thesaurus* en el cual se tributa homenaje a la memoria

del gran poeta. Dicho artículo vio la luz en *El Tiempo*, Bogotá, 3 de abril de 1949. Su texto es como sigue:

Una patria no es simplemente una casualidad geográfica, una fatalidad racial limitada por océanos, ríos y mojones: es una viva confluencia de valores del espíritu y de la sangre, de líneas ideales que se prolongan más allá del tiempo. Con sueños y con amores, con recuerdos y esperanzas, con fe y con sufrimientos colectivos, con temblorosas hermosuras de la palabra, o del color o de la música, está amasada la imagen de una patria.

Porque existen, a más de las riquezas naturales, a más de la anchura y belleza del suelo, a más de los estadistas y políticos, otras imponderables contribuciones a la grandeza de una nación, otras líneas sutiles que completan ante el mundo su fisonomía, otros puros elementos de prestigio: tales son los trabajos con frecuencia silenciosos y pasajeramente menospreciados, de escritores, artistas y poetas. Ellos prestan una cuarta dimensión a las patrias. Y les entregan una incorruptible riqueza destinada a la inmortalidad. Muchos espíritus selectos pueden ignorar que nuestro país es el primer productor de café suave del mundo, o que bajo nuestro cielo se derrumba el Tequendama; pero el nombre de Colombia les evocará siempre el suelo en donde cantaron Pombo y Silva, en donde Suárez escribió, en donde Caro y Cuervo levantaron monumentos de imperecedera sabiduría.

Se habla ahora con mucha frecuencia del eclipse acelerado de la gran tradición cultural de Colombia. Y esto preocupa hondamente a nuestros mejores espíritus. La generación que hoy rige al país tiene la obligación histórica de indagar en las raíces de tan alarmante situación. Y de emprender todas las soluciones aconsejables. Quienes tienen el deber y el poder han de contribuir con su más puro esfuerzo a mantener el prestigio espiritual de la patria y a difundir su nombradía literaria. Y a acrecer con obras altas y dignas el poderoso legado cultural de quienes nos antecedieron.

Uno de aquellos áureos trabajos a que antes aludí, de aquellas ideales faenas que honran a una generación es el libro en donde José Manuel Rivas Sacconi estudia la huella latina en la vida nacional que, con el obligante título de *El latín en Colombia*, aparece en estos días. Hijo del nostálgico cantor de las constelaciones, nieto de historiadores y eruditos, a José Manuel Rivas le viene por presión ancestral el culto por la lengua, la pasión por las cosas del alma y el ánimo valeroso para emprender trabajos de la más paciente y pura jerarquía. En el prólogo de su libro dice expresamente José Manuel Rivas que "el latín en Colombia es el humanismo colombiano. Los estudios griegos, limitados y esporádicos, no han formado tradición. En la colonia, el griego no se enseñó en Santa Fe, aunque hubo varios en-

tendidos en dicha lengua al decir del P. Gilij. Cuando en la época republicana, el griego hizo su aparición en los programas escolares, como en los de 1826, se trató más de normas que reflejan una aspiración, que de disposiciones efectivas". Rivas Sacconi identifica, pues, cultura latina con humanismo en nuestra patria y con este hilo guiador sigue las vetas subyacentes de la inquietud humanística en Colombia desde los albores de la nacionalidad hasta los días contemporáneos. Y así, completando anteriores obras magistrales que nos dieron la cara castellana de nuestra evolución literaria, él nos entrega un nuevo rostro hasta ahora casi por entero subyacente y enterrado de la vida espiritual del país. En esta forma nos vamos acercando a una síntesis espiritual de nuestra nacionalidad, insertada en la cultura occidental, que para nosotros tiene el sentido de latina, cristiana, hispánica y americana.

Ya en los orígenes de nuestra historia encontramos la personalidad heroica y determinante de Jiménez de Quesada quien desde el día en que pone su planta en tierra granadina define para siempre el genio nacional con su triple vocación jurídica, poética y humanística. Quesada, fundador del Nuevo Reino de Granada, es un cabal hombre de su tiempo, un varón renacentista, docto en las armas y en las letras, atento al ensueño y a la caballería, espléndidamente dotado así para las duras cosas de la tierra como para las aladas faenas del cielo. Toda su alma está impregnada de las esencias greco-latinas y humanísticas respirables en su tiempo. Al definirle con romana sobriedad Rivas Sacconi nos da la estampa ideal del humanista del renacimiento: "Quesada [...] cuya figura se encuentra indefectiblemente en los orígenes de la historia cultural de la nación, lo mismo que en la política, cultivó el derecho, la historiografía, la métrica, la crítica, la oratoria sagrada y fue esencialmente un humanista. Este aspecto no estudiado de su personalidad es el más prominente y compendia todos los demás. Ningún otro, por separado, es capaz de definir su fisonomía intelectual. Quesada no fue un historiador, ni un poeta, ni un autor religioso, precisamente porque pasó por todas esas modalidades, sin circunscribirse a ninguna en particular. Fue humanista porque supo combinar tal universalidad de conocimientos con ciertas cualidades humanas, fundadas éstas y aquella en una sólida y bien asimilada formación latinoclásica". El historiador del humanismo en Colombia estudia con la perspicacia y agudeza que le son habituales, en los pocos papeles que del Mariscal se conservan y en las alusiones de sus biógrafos, la formación romana del guerrero licenciado. Y es de admirarse leyendo las páginas iniciales de su libro de aquellos portentosos españoles que atravesando la selva delirante y con la aventura al cuello, disputaban, cada quien en su bando, acerca de las excelencias de la retórica tradicional de Castilla o de la música deleitosa en que cantaban Garcilaso y su coro de poetas italianizantes.

Estudia luégo nuestro autor el rastro de la latinidad y del renacimiento en la obra titánica de Juan de Castellanos a quien alguien llamara “el Homero rústico de la patria colombiana”. Si largo fue el esfuerzo del poeta cronista en su creación monumental, larga fue también la paciencia de José Manuel Rivas para indagar hasta los más breves destellos de la lengua romana en el rudo cantor de los conquistadores. “Castellanos, dice, vino como conquistador y se volvió letrado, a la inversa de Jiménez de Quesada, jurista a quien la ocasión hizo guerrero. El vate de las elegías puede ser considerado, en cierto modo, como la primera manifestación de la cultura trasplantada al Nuevo Reino y arraigada en él tan rápida como vigorosamente... Castellanos estuvo aún más compenetrado que Quesada con el espíritu del renacimiento”.

Bien pronto las heroicas aldeas perdidas bajo el cielo, que iban naciendo de la semilla de hierro de las espadas españolas, van adquiriendo noble y pétreo fisonomía de villas indoespañolas, se tornan amables y doctas flores de civilización y compañía. Surgen por doquiera escuelas y conventos. Y un largo rumor de latines —“latín docente y científico, empleado en cátedras, tesis, textos y obras de consulta: latín académico, prolongación del anterior en justas de saber y de letras; latín administrativo, latín conversacional” — atraviesa la vida colonial. El latín, en la era hispánica o colonial, sigue siendo, como en el medioevo ensueño universalista, lengua total de la cultura: lengua de la religión, de las letras humanas y divinas, de la ciencia y de la poesía, de la jurisprudencia y del entendimiento entre las gentes. Compulsando escondidos manuscritos, viejos mamotretos, libros inéditos, antiguos textos, Rivas Sacconi saca a flote obras y nombres de diversa calidad y revela el tejido latino de nuestra cultura colonial. Entre aquellos nombres uno se destaca sobre manera: el de Fernando Fernández de Valenzuela, de vida quimérica, de vasta erudición, de precoces talentos y de obra insigne. Rivas ha organizado una cabal semblanza de aquel varón cuya imagen en blanco sayo de cartujo está pintada en un cuadro que reposa en la cimera iglesia de Monserrate. No menos interesantes son la vida y la obra del agustino recoleto fray Andrés de San Nicolás a quien José Manuel Rivas define con estas palabras redondas, breves y sobrias como medalla romana: “su laboriosidad fue ejemplar; su vida integralmente consagrada al estudio. No fue hombre de acción: todas las energías gastó en el ejercicio de la pluma y la palabra. No escribió por pasatiempo, sino en cumplimiento de una misión. Midió siempre sus fuerzas en tareas arduas y de largo aliento”. Queda firmemente establecido a lo largo del libro que toda la literatura de los primeros siglos colombianos se alza sobre una ancha base de cultura humanística y que existe una veta de latinidad y una copia de escritores latinos de diversos temas e índole que

aguardan aún al investigador, al erudito, al crítico, al historiador y al editor.

Aunque hay una evidente decadencia de los estudios latinos y de las preocupaciones humanísticas en un sentido grecorromano a lo largo del siglo XVIII —vuelto ya hacia preocupaciones científicas y hacia filosofías de índole no tomista— es de anotar, y José Manuel Rivas lo anota y estudia extensamente, que toda la generación libertadora está impregnada de disciplinas clásicas: José Félix de Restrepo, Caldas y Torres, Zea y García Rovira, Nariño y José Manuel Restrepo, los hermanos Urrutia y los Tenorio y Carvajal, de formación rosarista o payanesa casi todos ellos, fueron doctos en las letras llamadas humanas y de ello dan testimonio los escritos que al par de sus acciones inmortales contribuyeron a la fundación de la libertad americana.

A medida que avanza el siglo XIX ocurre una decadencia acelerada de las disciplinas y de la educación humanística hasta llegar a la mitad de esa centuria, cuando oficialmente se legisló para los colegios nacionales que “en la escuela de literatura y filosofía no se enseñara latín ni filosofía. No cesó empero, añade Rivas, por completo el cultivo de las humanidades, porque, si bien quedaron proscritas de los institutos oficiales, encontraron en cambio acogida en los privados y en los seminarios”. Aparece entonces la raza extraordinaria de los autodidactas —los Caros, los Cuervos y los Uricoecheas— que habrían de cubrir de honor cincuenta años de la cultura colombiana y habrían de lograr que durante una gloriosa época la historia de la cultura colombiana fuera prácticamente la historia de la cultura americana.

En la figura titánica de don Miguel Antonio Caro tiene su áureo coronamiento todo este secular esfuerzo de la nacionalidad hacia las disciplinas clásicas. Todos los anteriores gérmenes y latencias, todo un secreto esfuerzo colectivo, toda una profunda vocación nacional, concurren para producir a este leonino y genial varón en quien tiene su cima de diamante el humanismo colombiano y a quien llamara Menéndez y Pelayo “uno de los más eminentes humanistas que la raza española ha producido durante el siglo XIX”. Rivas Sacconi traza la más completa, vigorosa e inteligente semblanza que se haya logrado de Caro, héroe de la inteligencia nacional. Analiza su obra inmensa de traductor, historiador y exégeta de los antiguos y nos da una síntesis ideal de aquel a quien se ha llamado la cabeza mejor organizada que en Colombia haya existido. “Por muchos años, dice Rivas Sacconi, fue la figura dominante en el panorama colombiano. Después de muerto, su perfil ha seguido señoreando el horizonte espiritual de la nación. Ella no estuvo plenamente constituida sino con Caro, quien “más que nadie se acercó a la formación de la conciencia nacional”. Le dio él con su obra intelectual y con su participación en la transformación institucional, de que es verdadero autor, una fisonomía

propia e inconfundible. En el futuro ella no podrá subsistir sino con ese carácter. Padre era él verdaderamente de aquella patria de cuyas entrañas se sentía pedazo”.

Una rápida reseña de las expresiones contemporáneas del humanismo completa el libro esencial de José Manuel Rivas Sacconi. Aún desaparecidos los grandes humanistas sigue latiendo su influjo en la cultura patria y la poderosa emanación de su recuerdo y de sus obras configura y determina todavía, en cierto sentido, el carácter de nuestra actividad espiritual dotándola de una signatura clásica y de un ímpetu hacia el orden, hacia la contención, hacia la jerarquía.

“Nada en nuestro sentir simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua...”, aprendimos en los lejanos días del colegio. Afirmar y defender la lengua es afirmar y defender la nacionalidad, como que la lengua es su frontera esencial. Con su libro tan bien escrito, tan bien pensado, tan docto y tan honesto, tan iluminado de fervor y de madurez juvenil, José Manuel Rivas Sacconi presta un servicio magistral a la cultura colombiana y se constituye en ejemplar punto de mira — por su seriedad, por su rigor, por su aplicación a lo colombiano — de los jóvenes escritores del país. Hablo de este libro con orgullo generacional. Me parece escuchar en él un llamamiento a lo más profundo y auténtico de las latencias nacionales, como que la lengua se identifica con la patria y la lengua es también la patria del alma.

EDUARDO CARRANZA

II

EL SEÑOR CARO, CURIOSIDADES Y UN COLOFÓN

La reseña del maestro Carranza fue quizá la primera sobre el libro que acababa de aparecer. Abrió la serie de los comentarios que desde entonces han venido publicándose en periódicos y revistas de Colombia y otros países. De ellos, el más reciente es el escrito por Gonzalo Mallarino Botero en su columna *Ventana al mundo*, de *El Espectador*, Bogotá, lunes 27 de octubre de 1986, pág. 2, que nos complace recoger en estas páginas:

En el capítulo que José Manuel Rivas Sacconi dedica a don Miguel Antonio Caro en *El latín en Colombia*, ese libro ya clásico, revelador